

ÍNDICE

Prólogo, de Santiago Auserón	9
A Peggy, por Pere Gené	15
Todo está en el horizonte, introducción de Sergio Martos.....	17
1. ¡Adelante!	21
2. <i>That old rock and roll</i>	33
3. Ha llovido desde el 62.....	47
Entreacto: Miguel Ángel Carreño, «Micky»	61
4. Nuestra generación.....	63
5. «Mi calle».....	81
6. Quiero vivir con libertad.....	97
7. «A time to love, a time to die»	113
Entreacto: Teddy Bautista	125
8. Quien no anda no se mueve	129
9. Vuela libre.....	141
10. «Hallelujah».....	153
11. <i>Let's rock together</i>	167
Entreacto: Sherpa	179
12. «Tierra salvaje»	181
13. «Alas en el cuerpo».....	197
14. <i>Horizonte</i>	211
Entreacto: Vicente «Mariskal» Romero	227
15. Rayo de plata	231

16. <i>Viejo lobo</i>	243
Entreacto: Jordi Gené.....	257
17. Un día volveré.....	265
<i>Boomerang</i> y Peggy	273
Últimas consideraciones, por Pere Gené	279
Epílogo, por Ramoncín	285
Agradecimientos de Pere Gené	287
Agradecimientos de Sergio Martos.....	291

PRÓLOGO

Mi padre trabajaba en obras públicas y la familia iba de obra en obra. Entre mis diez y trece años, viviendo en el Pirineo o en Zaragoza, empezamos a manejar los primeros singles de grupos que habíamos descubierto a través de la radio y la televisión. La música que programaban en ciertas emisoras era más atrayente, pues a veces cubrían los éxitos internacionales. Por ejemplo, recuerdo como si fuera hoy el día que Radio Nacional habló de los Beatles por primera vez. Corría el año 1963.

Poco más tarde, entre el 64 y el 66, empezamos a tener discos de producción española y nuestros oídos se volvieron más exigentes, distinguiendo a los que aguantaban la comparación con el sonido que venía de fuera. No voy a hacer una lista, pero entre la radio y la televisión tuvimos mucho para elegir y descartar. Con mis hermanos y mis amigos del colegio nos dedicábamos a comparar, y nos fijábamos en los que tenían una sonoridad más parecida a la internacional, que nos atraía. Y ahí entra el caso de Lone Star, porque es algo muy particular. Tenían una sonoridad vigorosa, y cantaban tanto en castellano como en inglés con facilidad. Les sonaba tan bien una cosa como la otra.

Y luego estaba la sensación de empaque que desprendía el grupo; se los veía enteros. Otros grupos sonaban a producto mercantil, pero ellos no. Durante el verano del 67 (mi relación con Lone Star se desarrolla siempre en verano, no sé por qué), mis amigos, mi hermano Luis y yo empezamos a apreciar esas diferencias y las discutíamos de forma vehemente. Éramos apasionados y nos fijábamos en los detalles de las

bandas españolas. Suponía un orgullo tener nuestra propia música; podíamos fijarnos en las maneras de sonar y en la pinta de sus componentes, e incluso pensar en formar parte de un grupo algún día.

El verano del 67 fue importante. En la piscina de Torrero de Zaragoza, a donde íbamos todos los días con mi madre, había una máquina de discos en la que poníamos Lone Star de forma insistente. Había un círculo magnético en torno a aquella vitrola. No podría tener mejor recuerdo de esos días aunque lo inventara: la piscina, el grupo de amigos, las chicas bailando y pasándolo en grande, el *rhythm and blues* a todo trapo...

Recuerdo echar la moneda una y otra vez para oír «Comprensión» o «Mi calle». Ya conocíamos a algunos grupos británicos como Spencer Davis Group, los Kinks y los Small Faces, y en Lone Star veíamos las mismas hechuras. Eran consistentes, estaban cortados por el mismo patrón. Ellos nos llevaron a conectar con otros grupos británicos y americanos. Fueron un puente en nuestra educación musical.

Mi segundo encuentro con Lone Star ocurre en el verano del 74, en el club Playboy, que estaba en la playa de San Juan de Alicante. Aparecí allí porque trabajaba para la construcción. Estudiaba filosofía en horario nocturno, y con el oficio de delineante me pagaba los estudios y ayudaba en casa.

Aquel verano me destinaron a Orihuela, y cada noche nos íbamos a las discotecas de Alicante. Llevábamos una vida muy agitada: nos pasábamos el día trabajando, haciendo horas extras para sacar pasta, y las noches en las discotecas. Volvíamos a Orihuela, dormíamos un par de horas, y lo mismo al día siguiente.

En el Playboy de San Juan tuve la fortuna de ver a Lone Star en directo, en esa época con una formación muy potente. Confirmé que su directo era algo único. Las canciones ganaban en cuerpo respecto a los discos y tenían veracidad, expresión y sentido musical. La garra, eso es típico de Pere Gené, ¿verdad? Garra y sentimiento. El tipo era un excelente cantante de soul y *rhythm and blues*. Pero lo más relevante era que en nuestra lengua natal se expresaba con la misma intensidad y claridad, el mismo *punch*. Para los que vivíamos a fondo el *rock and roll*

anglosajón, aquello era una epifanía. Pocos consiguieron eso. La banda me impresionó.

El tercer encuentro con Lone Star sucedió el verano de 1987, cuando ya éramos parte de un grupo. Radio Futura iniciaba la gira de presentación de *La canción de Juan Perro*, el disco grabado en Nueva York, y contratamos una serie de conciertos en Catalunya. El primero tuvo lugar en el Poble Espanyol de Barcelona, la mañana del 1 de mayo. Fue fantástico. Pero nada más acabar, Enrique Sierra, nuestro guitarrista, tuvo una recaída y tuvimos que ingresarlo en el Hospital Clínic de Barcelona. Enrique sufría una enfermedad renal congénita grave. Años más tarde falleció, pero aguantó heroicamente un buen puñado de años. Resumiendo: acabó el concierto y tuvimos que ingresarlo de urgencia. No era la primera vez que ocurría; otras veces pasó lo mismo en el local de ensayo o en el estudio de grabación. Esta vez nos quedamos en un hotel de Barcelona, pensando cómo solucionar la gira catalana, que seguía por Lleida y Reus.

Por aquel entonces nos podíamos permitir algún lujo, y se me ocurrió preguntar por el guitarrista de Lone Star, que todavía se mantenía en activo. Álex Sánchez compartía su tarea de guitarrista en Lone Star con la dirección de una revista llamada *Sonido Profesional*. Teníamos relación con El Último de la Fila, que ya habían publicado *Cuando la pobreza entra por la puerta el amor salta por la ventana* y *Enemigos de lo ajeno*. Habían pasado un año en nuestra oficina y los ayudamos a moverse por nuestro circuito en el resto del Estado. Luego se marcharon con la *manager* que llevaba a Miguel Bosé y alcanzaron un éxito mayor. Manolo García me consiguió el teléfono de Álex.

Lo llamamos y aceptó de inmediato. Manolo y Quimi Portet nos prestaron su local de ensayo y llegó Álex con su equipo: una Gibson ES-335 y un amplificador Boogie pequeño, pero con mucha tralla. Solo teníamos una tarde para ensayar, así que le dijimos: «Es imposible que puedas aprenderte todo el repertorio en una tarde, pero los temas son sencillos. Toca por encima lo que se te ocurra y, cuando te mire, haces un solo». Y funcionó, echándole mucha cara.

Hicimos tres conciertos. En el de Lleida, Enrique se presentó para la prueba de sonido: se había escapado del hospital. Si hay que improvi-

sar, se improvisa; ¡dos guitarristas en el escenario! Yo no tocaba mucho la guitarra entonces, solo para componer y en momentos puntuales del directo.

Álex hizo un trabajo fantástico. Nos sacó del atolladero, siempre con un humor estupendo y un carácter afable.

Enrique y Álex congeniaron de maravilla; los dos eran extraordinarios. Y entre las historias de carretera... El chófer de Radio Futura, Juan Andrés Fernández, había comprado un autobús que era una tartana, un cacharro viejo que no daba más que problemas, pero en su interior no parábamos de reír. Tenía un rótulo rojo que decía «Centeno». Le sugerimos al chófer y propietario que añadiese dos palabras: «Cornezuelo de», pero no nos hizo caso.

Acabó la minigira catalana y quedamos en muy buenos términos con Álex. Poco después volvimos y tocamos en Badalona. Álex me llamó y me dijo que vendría con Pere al concierto. Le dije que sería un placer; para mí era como hablar con Eric Burdon. Aquella noche improvisamos un fragmento de «Mi calle». Luego nos fuimos juntos a cenar y pasamos un buen rato hablando sobre música y sobre la vida. Fue una noche guapa. A partir de ahí conecté con Pere, y hemos mantenido relación, de forma esporádica, hasta el día de hoy.

En 2014 colaboré con Pere Gené en la presentación de su disco en solitario, *Boomerang*. Me encantó que sacase ese proyecto adelante, con toda esa solera que él tiene y los kilómetros recorridos. Lo animé a volver, porque creo que hace falta sostener el vínculo entre una generación y otra. De lo contrario, no hay circuito.

En España, cada generación musical adolescente aporta nuevas ideas, pero si los chavales no se ganan la vida, dejan la música, y así jamás se pasa el testigo de una generación a otra. Por eso el *rock* español nunca acaba de llegar a donde debe: está huérfano de tradición y continuidad. Podríamos tener un *rock* vigoroso y creativo, capaz de competir en todos los terrenos, pues abarca ya sesenta años de historia. Pero no es así; nos hemos dejado comer el terreno por los concursos de talentos. Conviene, al menos, no perder la memoria de lo que vale la pena.

Todos los encuentros que he tenido con Pere han sido no solo instructivos sino emocionantes. Me siento en deuda con Lone Star y con Pere Gené, un maestro y amigo entrañable. Es una persona refinada, un hombre cultivado, musicalmente formado, con criterio y mucho mundo. Es un honor que me considere su amigo.

En la presentación de *Boomerang* me di cuenta de la calidad de la gente que lo rodeaba; todo el mundo dio lo mejor de sí mismo. Eso es ganarse el respeto. No lo ves muy a menudo, pero hay que reconocer que no hay tantos tipos como él.

SANTIAGO AUSERÓN

Compositor y cantante de Radio Futura. Artista solista

A PEGGY

Fuiste mi inspiración y eres la mujer que amo.

Entendiste que la música era lo más importante para mí.

Pero hiciste más que eso: me ayudaste a ser la mejor versión de mí mismo; me reconociste como lo que soy, y me admitiste en mi libertad.

Tuve tu comprensión en los momentos difíciles y en mis noches sin dormir fuiste mi refugio en la tempestad. Y tuve tu impagable alegría de cada mañana, tus ganas de vivir y tu amor.

Todavía oigo tu voz cuando entro por la puerta. Hay veces que hasta respirar duele, y me siento culpable por todos los «te quiero» que no te dije. Pero prefiero reír por todo lo que vivimos y compartimos que llorar tu ausencia.

Tu trabajo y, por consiguiente, tu apoyo económico, me dieron la seguridad necesaria para dedicarme a mis locuras con la música. Como Cyrano, me ayudaste en la sombra mientras yo recogía los laureles y la gloria.

Siempre estaré en deuda contigo. Y también, y sobre todo, por haberme dado a nuestros hijos: Sergi y Jordi.

Dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Yo no sé si he sido un gran hombre, y la verdad es que me importa un bledo. Lo que sí sé es que a mi lado he tenido a una gran mujer. Bella por fuera, toda corazón por dentro, rebelde, directa y luchadora.

No puedo decir con seguridad si la vida termina con el cuerpo porque no lo sé. Pero algo me dice que estás ahí. No creo en la reencarnación ni hay nada devoto en esto, pero formas parte de mí y, donde yo voy, tú vas conmigo. A veces miro al infinito y pienso: «Sé que has sido tú».

Esta noche, como todas, hablaremos de nuestras cosas y miraré tu foto. Retendré tu belleza, apagaré la luz, me acostaré contigo y te besaré en mis sueños.

Y algún día nos sentaremos en la fina arena de nuestra cala, donde tu esencia descansa, y contemplaremos ese mar azul turquesa, cómplice de tantos buenos momentos. Y allí le daremos un repaso a este libro que habla de mi vida, que también es la tuya.

Gracias por todo, Peggy.

Espérame.

PERE GENÉ

TODO ESTÁ EN EL HORIZONTE

La culpa la tuvo mi padre, como ocurre con tantas cosas buenas que han llegado a mi vida. Reconozco que lo de Lone Star no fue amor a primera oída, pues el material de los sesenta, para un niño de nueve o diez años, sonaba más lejos que llegar a Jerusalén andando.

Horizonte sí había sido lo suficientemente seductor, desde el color atrayente de la cubierta, donde vemos a la banda en su hábitat natural (el directo), hasta el sonido fantasmagórico del viento que introduce esa larga travesía hacia el interior del hombre que relataban los textos del álbum. Pero *Horizonte*, el disco físico, desapareció entre los cajones de un familiar y no volvió a casa hasta veinte años más tarde.

A principios de los noventa, ya en el ámbito laboral pasábamos horas largas de furgoneta, de faena en faena, cual emigrantes cargando a cuestas con la casa. En el vehículo se oía muchísima música, y un día volví a probar con Lone Star. Tuve una epifanía y me convertí en devoto. El golpe fue brutal.

Aquellos Lone Star, los de *Adelante - Rock en vivo*, no eran los mismos que versionaban a los Animals, ni los que dedicaban canciones a chicas exóticas, ni los que galopaban a medio camino entre lo yeyé y el jazz. No, esa era una banda robusta como un tronco, con un cantante que abrasaba al abrir la boca, un guitarra con una imaginación desbordante, un bajista que entendía a Jack Bruce y John Entwistle, y un batería que trabajaba por mejorar al grupo y no por demostrar sus cualidades.

Me metí de pleno y en poco tiempo me familiaricé con el resto de su discografía. Sí, también con los *singles* de los sesenta que antes aborrecía y que ahora, con los oídos más abiertos, abrazaba con el mismo ímpetu que el material más cercano al *rock* que me fascinaba (y todavía lo hace). Gracias a esas canciones de los sesenta, entendí y amé también a Los Salvajes, Los No, Los Brincos y un sinnúmero de bandas que dieron colorido a la península cargando con una guitarra eléctrica. De nuevo, gracias, Lone Star.

Tuve la suerte de ver a Lone Star en vivo, en su concierto de regreso a Barcelona bajo el amparo de la programación del Festival Grec, pero durante muchos años parecía que al grupo y a Pere se los había tragado la tierra. Apenas se los mencionaba en retrospectivas. Pocos grupos se encargaban de reivindicar su legado, y sus discos, si los veías en ferias de coleccionismo, valían un riñón y parte del otro. No eran tiempos fáciles para ser fan de Lone Star. Hasta que llegó Jordi, el hijo de Pere, y se emperó en actualizar el legado de su padre. Primero rescató el histórico concierto de 1968 en el Teatro Beatriz de Madrid, luego una grabación brutal de la formación Gené-Miró-Sospedra-Tapi en un estudio radiofónico, y de ahí a volver a poner en circulación la inmortal discografía que cubre desde 1972 hasta el canto del cisne: *Viejo lobo*.

En mi empeño por ayudar a poner el nombre del grupo donde merecía, le ofrecí a Jordi (a través de Roger Prades, que se encargaba de planchar los *masters* de las viejas grabaciones) la posibilidad de entrevistar a su padre para *Ruta 66* y, de esa forma, dar un empujoncito a las reediciones en vinilo que con tan buen gusto estaba llevando a cabo.

El encuentro con Pere Gené se produjo en persona y fue una experiencia maravillosa. Pere se mostró como es: cercano, dicharachero, pasional y elocuente. Pero tras esa fachada de músico legendario se reflejaba una inevitable tristeza: la del cáncer que sufría su amada Peggy.

La entrevista se publicó y poco después tuve la oportunidad de poner un escrito en la contraportada de la reedición de *Oveja negra*, un disco por el que siento fascinación en todas sus aristas: desde su amarga publicación y gestación hasta la música, de la mejor que se ha escrito en este país. Entonces le planteé a Jordi la idea de volcar las memorias de su padre en un libro:

—Quiero que nos cuente su vida y dé su impresión de aquella Barcelona que atraía a tantos personajes ilustres.

—Podemos contar la historia de Lone Star. Él fue el fundador y la única persona que estuvo ahí desde el principio hasta el final.

—Por supuesto, será también su versión de la historia de la banda. Pero quiero que sea su libro.

—Tiene que ser un libro de Lone Star.

Habiendo pasado por la ardua tarea de poner en orden la alocada vida de Alice Cooper, grupo y artista, no me planteaba entrevistar de nuevo a decenas de personas para cubrir todos los espacios. Quería que fuese el libro de Pere, su autobiografía, y centrarme en él. Así se lo volví a plantear a Jordi y así se lo hizo llegar a su padre:

—Déjame volver a planteárselo. Sé que la idea le hará gracia, pero tenemos que darle un tiempo.

Dicen que al final de la oscuridad siempre se atisba un rayo de luz. Pere vio cómo la vida de su chica se marchitaba y su mundo se vino abajo. Pero siempre hay un motivo para caminar, y encontró la reflexión que él mismo cantó en «Alas en el cuerpo» hablando para sí:

Pienso que este mundo muy pronto cambiará;
ya es tiempo de hacer algo, liberarse y trabajar.
Levántate y vuela, sin ninguna otra causa que no sea volar;
ponte alas en el cuerpo, descubre el sol, el cielo y el mar.

Con Peggy en la memoria, Pere empezó a dejar el duelo atrás y comenzó a sonreír. Entonces decidió que estaba preparado.

—Cuando me tiro a la piscina, voy a por todas. Y que sea lo que tenga que ser.

Bien. Esa es la razón que da sentido a las relaciones. Si vamos a por ello, que sea al cien por cien. Nos parecemos mucho en eso. Pere es cerebral pero apasionado. Generoso, pero utilizando el raciocinio. Abierto, pero reservado en las opiniones sobre otras personas. Un tipo íntegro, de la cabeza a los pies.

Cada sábado por la mañana que nos citábamos para avanzar en este libro que tienes entre manos se convertía en un día de jolgorio para mí.

Escuchar todas esas historias y anécdotas en boca de alguien a quien admiro tanto es algo que no hubiese imaginado ni en el mejor de mis sueños. Desde luego, no lo imaginé cuando compartía las horas escuchando a la banda en la furgoneta, junto a mi padre. Como tampoco imaginaba que acabaría compartiendo escenario junto a Pere en uno de los conciertos de mi banda, Schizophrenic Spacers.

Pero la vida es cojonuda, a veces. Llegó la pandemia y nos partió en dos. Las quedadas físicas se convirtieron en interminables charlas telefónicas. Si la dichosa enfermedad del COVID nos tenía que agarrar, que lo hiciese trabajando. Y así hemos completado este libro, editado con todo el respeto posible hacia las personas mencionadas e intentando completar un puzzle al que se le habían extraviado demasiadas piezas en el camino: el de Lone Star.

Pere, siempre serás mi estrella solitaria favorita. He disfrutado de ti, me he emocionado, he reído y he llorado. Pero después de todo este tiempo, tengo la sensación de haber ganado algo importante en la vida: un amigo. Y eso no tiene precio.

Como cantabas hace años: «Si es que puedes ayudar a un amigo, dale luz para que así pueda ver».

SERGIO MARTOS

Viladecans, octubre de 2020

1. ¡ADELANTE!

Debería empezar por la música, supongo...

Hubo un largo periodo de mi vida donde no había espacio para otra cosa. Esa es la intensidad con la que la viví hasta que se acabó el periplo original de Lone Star. Acabo de cumplir ochenta años y siento que nunca la he dejado de lado. Pero desde que decidí acabar con la banda, no la he vivido con aquella intensidad. Admito que acabé saltando por los aires, como un explosivo.

Pondré un ejemplo: si Lone Star quedaba para un ensayo y el bajista me decía: «No puedo, porque tengo que acompañar a mi mujer al médico», lo primero que respondía era: «Pero de qué me estás hablando. ¿Vas a faltar a un ensayo porque tienes que ir al médico con tu esposa? Esto es sagrado, no hay excusas».

Luego yo también cuidé de mi familia, pero durante muchos años mi rutina era la de irme pronto a dormir y levantarme temprano para sentarme al piano y continuar con lo que había empezado a escribir el día anterior. A veces estaba en la cama después de traspasar, se me ocurría una idea y saltaba hacia el piano y trabajaba en ella. Esa fue mi vida durante treinta y cinco años.

Parte de la influencia y obsesión musical procedía de las actividades de mis padres, pues solían reunirse con un grupo de amigos con los que jugaban al póquer y compartían unos palcos en el Liceo, donde disfrutaban de la temporada operística. Yo no formaba parte de esa actividad

social de mis padres: todavía era muy pequeño, pero estaba ahí y me fascinó lo que oía. Veía también que aquello sobrellevaba una actitud diferente respecto al día a día: mi padre se vestía con esmoquin y mi madre se ponía un traje largo. Veía un lujo y un carácter que me hacían pensar que aquello debía ser la hostia. En casa, mi padre era muy estricto con sus gustos musicales; oía todo el tiempo ópera y música clásica. Así que quizás la influencia llega por aquí, aunque no sé hasta qué punto.

La obcecación de mi padre con respecto a la música *rockera* era desorbitada. Creo que nunca llegó a entender lo que hacía con mi vida. Imagino que lo respetaba y estoy seguro de que se sentía orgulloso cuando veía a Lone Star en la tele y en los diarios, pero ¿entenderlo? Son dos conceptos diferentes. El *rock* y las guitarras amplificadas... no eran lo suyo.

Otra cosa era el *jazz*. Hicimos una de las tantas matinales dedicadas al *jazz* —no recuerdo si en Vilafranca del Penedès o en Granollers— y alguien me dijo: «Pere, ¿sabes que ha estado aquí tu padre?». Cogió el tren, vio el concierto y se marchó sin decirme nada. Eso me lleva a pensar que sí le gustaba el *jazz*. Ahí vio algo más interesante que en el *rock*.

Mi madre se llamaba Rosa Virgili Fortuny y era de Valls. Yo soy un catalán de pura cepa, pues mi padre y su familia eran de un pueblo tarraconense llamado Masroig, en la comarca del Priorat. Mi madre era de familia acomodada, mientras que la de mi padre era muy modesta. Masroig es un pueblo pequeño y no especialmente bonito. Tienen buen vino y aceite, poco más. Ahora el vino de la zona está bien valorado, pero entonces era un vino de dieciocho grados. Mi padre, cuyo nombre era Josep Maria Gené i Subirachs, luchó en dos guerras: en la de Marruecos, donde terminó cocinando para Franco —o eso explicaba— y más tarde en la Guerra Civil, defendiendo a la República. En cierto modo, emulaba a su propio padre, que luchó en la guerra de Estados Unidos contra España por el dominio de la isla de Cuba (1894-1898) sirviendo junto al Regimiento de Coraceros del Rey, 1.º de Caballería, luchando contra los Rough Riders de Roosevelt en la batalla de las Colinas de San Juan.

Tras la Guerra Civil, mi padre se puso a trabajar para Nestlé, ejerciendo de comercial, visitando pastelerías. Entre sus clientes estaban las más conocidas y de moda por aquel entonces: Prats Fatjó, Esteve Riera, Mauri, Mantequerías Leonesas, etc. La mayoría ya no existen. En cualquier caso, esto significaba que cada domingo comíamos pastel. Acabé harto de tanto dulce. Nadie pensaba entonces en las consecuencias de la glucosa. Hoy día puedo probarlo, pero prefiero comer cualquier otra cosa.

Mi madre trabajaba para cementos Sanson, cuyas oficinas estaban en Paseo de Gracia. La central de Sanson estaba en Sant Just Desvern. Era icónica, porque tenía una chimenea enorme que se veía desde cualquier lugar.

En casa entraban dos sueldos, lo cual nos permitía andar desahogados.

Yo nací el 31 de enero de 1939 en la calle Villarroel, 103, en pleno Eixample entonces. Todo ha cambiado mucho. La calle Aragón estaba abierta y por ella pasaba el tren. La zona, digamos oeste, casi no existía. Los vecinos de la calle de enfrente, cuando se marchaban de vacaciones, se desplazaban al Tibidabo. Irte a esa distancia equivalía a marcharte a Madrid hoy día.

Mis padres eran republicanos. Toda la familia lo era. Mi madre siempre decía que llegué al mundo cuando entraron los «nacionales». No puedo evitar reírme al recordar esa frase.

De esa época tengo recuerdos lejanos, como ir al cine Emporium. Recuerdo que siempre ponían dos películas. Era habitual ir al cine sin cenar, porque si lo hacías no llegabas a tiempo de ver la primera película. Cuando salías a las doce de la noche, ibas hambriento. Y quizás minutos antes habías visto a un pirata comerse una pata de pollo; es la magia de la pantalla.

Entonces ir al cine era casi lo más excitante que sucedía. Frecuentábamos el Emporium, el Excelsior, que estaba en la Gran Vía, y el Dorado, cerca de la calle Muntaner; los tres cines más cercanos a casa, y en esa época todo el mundo iba a pie. Había coches, pero no en todas las casas, y la nuestra no era una de ellas.

Todos los días caminaba hasta la escuela de comercio, en calle Balmes. Mis recuerdos son buenos; tuve la suerte de tener profesores muy competentes. No todo el mundo puede decir lo mismo de sus experiencias escolares. Un ejemplo: mi profesor de Literatura era Guillermo Díaz-Plaja, un hombre que editó varios ensayos, era poeta, historiador y colaboró con *La Vanguardia* y otros periódicos. El profesor de Geografía Económica era Luis Pérez Pardo, una eminencia. Y la profesora de Economía era Pilar Jaraiz Franco, sobrina del general Franco, y que, pese al parentesco familiar, era una tía cojonuda.

Resulta curioso pensar que por aquel entonces estábamos en plena dictadura fascista y el espécimen que te enseñaba formación política te daba esa asignatura y otra llamada Formación del Espíritu Nacional. La mayoría de estudiantes que asistíamos a la escuela éramos catalanes y esto colisionaba. No pensábamos en política todo el tiempo, ya que éramos simples chavales, pero recuerdo el día en que este profesor nos dijo que teníamos que hacer educación física y apuntarnos a un hogar. Llamaban «hogar» a locales regentados por miembros de la falange, y allí te adoctrinaban para lo que ellos llamaban «el espíritu nacional». Había un local cercano a la escuela, el Hogar León, y el profesor decía que, si nos inscribíamos, nos aprobaba la asignatura sin tener que pasar una evaluación.

—Coño, cojonudo. ¿Qué hay que hacer?

—Pues nada, váyanse allí y les darán un carnet.

Para ser sincero, aquello era un caos. En cualquier caso, practicaba mucho deporte. Hacía fútbol y atletismo. Subía y bajaba corriendo a la montaña de Montjuïc desde la calle Villarroel. Tampoco tenía transporte para hacerlo de otra manera.

Un día competí en la carrera de los doscientos metros, una distancia en la que solo competían universitarios, si no recuerdo mal. La carrera era de escala nacional y quedé tercero, así que llegó un señor pretendiendo ficharme.

—Mira, me encantaría que formases parte de nuestro equipo: el R. C. D. Espanyol.

Yo pensé que igual me mataban en casa. A mí me habían hecho socio del Barça a los siete años. No hace mucho recibí la placa de los cincuenta años de sufrimiento. Creo que tengo el carnet número 900, porque como cada año van cayendo socios, mi número va bajando.

Total, que acepté. Corrí con ellos y en el equipo había gente con medallas: Tomás Barris, Amorós... Hacíamos *cross*, y por otro lado, seguía corriendo la distancia universitaria de los doscientos metros. Respecto al fútbol, no era ningún *crack*, pero me defendía. Me ficharon los de La Salle y jugué con ellos un tiempo. Bueno, fichar es una palabra demasiado sofisticada para esos tiempos. Te preguntaban si querías irte a su equipo y eso era todo. No había formalidades de ningún tipo, pero funcionaba.

Siendo una familia catalana, algunos se preguntarán cómo vivimos la época de represión franquista. Ese era un tema que se evitaba en las conversaciones de casa. Hablábamos muy poco de ello. Mi tío Jacinto —para mí, el *tiet* Sinto— estuvo en la cárcel La Modelo bastante tiempo. Él era del POUM y fue un preso político. Cuando íbamos camino al fútbol y pasábamos por delante de la cárcel, mi padre me decía: «¿Ves la tercera ventana empezando por la derecha? Allí está el *tiet* Sinto». Yo era un crío, e ignorando cualquier tema relacionado con la política, pensaba: «¿A quién habrá matado?». Era consciente de algunas cosas, pero como la política era un tema tabú, tampoco me involucraba.

Por otro lado estaba el tema del idioma, ya que en casa sí hablábamos en catalán. Mi madre se encargaba de concienciarnos y me pasaba libros escritos en catalán. Siempre me advertía: «No se te ocurra llevar estos libros al colegio». Esa sencilla frase despertaba curiosidad en mí, pues me hacía consciente de que esa no era una situación normal. «¿Por qué tengo que leer estos libros en el refugio de mi habitación?», pensaba.

En casa hablábamos catalán con normalidad, pero la educación que recibías en la escuela era en castellano. En los escolapios, donde estudié antes de la escuela mercantil, te obligaban a pasar por misa a primera hora de la mañana. Antes de abrir un solo libro te ponían a rezar un buen rato, y por la tarde, a pasar el rosario. Así todos los días. Y los primeros viernes de cada mes a comulgar, tanto si querías como si no.

© del texto: Pere Gené y Sergio Martos, 2023

© del prólogo: Santiago Auserón, 2023

© del epílogo: Ramoncín, 2023

© de esta edición:

Milenio Publicaciones SL, 2023

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

Tel. 973 23 66 11 - Fax 973 24 07 95

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Revisión de textos: Jordi Gené

Revisión de estilo: Ana Escudero Portal

Primera edición: mayo de 2023

Impresión:

Arts Gràfiques Bobalà, S L

Sant Salvador, 8

25005 Lleida

www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-990-9

DL: L 308-2023

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.